

Adulterio y otros relatos

ANDRÉ DUBUS

TRADUCCIÓN DE
ÁNGELA PÉREZ GÓMEZ



Títulos originales:

Miranda over the valley; The winter father; Killings; The fat girl;
Leslie en California; Delivering; Adultery; Townies

Primera edición: junio 2019

Miranda over the Valley © Andre Dubus 1975 from *Separate Flights*
The Winter Father © Andre Dubus 1980 from *Finding a Girl in America*
Killings © Andre Dubus 1980 from *Finding a Girl in America*
The Fat Girl © Andre Dubus 1977 from *Adultery and Other Choices*
Leslie in California © Andre Dubus 1983 from *The Times Are Never So Bad*
Delivering © Andre Dubus 1980 from *Finding a Girl in America*
Adultery © Andre Dubus 1977 from *Adultery and Other Choices*
Townies © Andre Dubus 1980 from *Finding a Girl in America*

Published by Arrangement with David R. Godine, Publisher, Boston USA
and Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

All rights reserved

© 2019 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2019 de la traducción: Ángela Pérez Gómez

© 2019 del diseño de colección: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-16529-73-5

Impreso en España

Depósito legal: M-13710-2019

Adulterio y otros relatos

Se había pasado el día pensando en Michaelis: mientras preparaba la maleta para irse a estudiar a Boston y confirmaba la reserva, mientras hacía compras absurdas en Woodland Hills como si fuera a marcharse a un lugar primitivo; había comprado desodorante, polvos de baño y champú, y medias y leotardos para el frío. A la una en punto cruzaba en el Corvette la tierra parda cuarteada y los matorrales secos; no era zona de fumadores, así que apagó el cigarrillo y pensó: *Ahora él ha terminado el almuerzo y ellos han vuelto a la casa, no lleva camisa, tiene un pañuelo atado a la cabeza para que el sudor no le queme los ojos; está arrodillado clavando maderas.* Se vio a sí misma cenando con él, la última buena comida mexicana que haría hasta que volviera a pasar Acción de Gracias; pero no podía ver la noche después de la cena. Veía enchiladas y margaritas, a los dos hablando, se veía hablando con él ahora camino al centro comercial; pero después de aquello no veía nada. Y tenía miedo. Por la noche se cepilló el largo cabello oscuro, lo esperó y abrió la puerta principal cuando él llamó al timbre; era alto, estaba bronceado por el trabajo del verano, y estrechó la mano a su padre y besó la mejilla a su madre. A Miranda le agradaba ver brillar la aprobación en los ojos de sus padres, y le dio la mano cuando se dirigían al camino de coches, hacia el viejo y abollado Plymouth de él, aparcado detrás del Corvette. Fueron a cenar y luego dieron un paseo en coche y pararon en Mulholland Drive, por encima de la bruma que cubría el valle de San Fernando, y vio por la ventanilla las estrellas y una nube solitaria que cruzaba lentamente la luna. Le agarró con una mano el tupido cabello rizado, lo besó y le dijo que sí con la lengua; se lo repitió una y

otra vez, esperando que comprendiera que estaba diciéndole que sí.

Sus padres y Michaelis la acompañaron al aeropuerto al día siguiente. Encontró a Holly en la terminal y volaron a Boston. Ella tenía dieciocho años.

Vivía con Holly en un apartamento de segunda planta que Holly había encontrado en la calle Beacon. Era grande, y los amplios ventanales daban a la antigua calle sombreada. Pusieron una alfombra roja en la sala de estar y cortinas rojas en las ventanas. El novio de Holly, que estudiaba en Rhode Island, les hizo un bar en un rincón, al borde de la alfombra. Holly era un año mayor que Miranda, aquel era su segundo curso en la Universidad de Boston, y recibía en el apartamento a chicos que había conocido el curso anterior. Iban también algunos nuevos y Holly empezó a hacer el amor con uno de ellos al poco tiempo. Se llamaba Brian. Cuando Brian iba al apartamento, Miranda le observaba y escuchaba lo que decía, aunque no le gustaba ni le disgustaba, porque no entendía quién era. Era estudiante y para él la universidad era una escalera mecánica parada: se apoyaba en el pasamanos, miraba a su alrededor y hablaba y gesticulaba con las manos, sonreía con su pálido rostro y se acariciaba la barba y el pelo, que le rozaba el cuello. Pero no había movimiento por él.

Cuando se quedaba a pasar la noche, Holly abría el sofá-cama de la sala y Miranda disponía del dormitorio para ella sola. Se echaba en su cama junto a la ventana y escuchaba música rock en una emisora de frecuencia modulada que emitía toda la noche; a pesar de la música, a veces oía los gemidos de Holly en la habitación contigua. Los sonidos y la imagen de ella siempre la excitaban, aunque a veces también la entristecían; pues casi

todos los fines de semana Tom iba en coche a verla desde Providence, y los viernes y los sábados por la noche Miranda se dormía cuando se acallaban los mismos sonidos. Brian conocía la existencia de Tom y sus cuernos de fin de semana parecían serle tan indiferentes como suspender una asignatura o que le robaran la bicicleta que había dejado en la acera delante de un bar de Cambridge un domingo por la tarde.

Tom no tenía idea de lo que hacía Holly las noches entre semana. El sorteo le había eximido, así que era un estudiante de posgrado en historia y, aunque procuraba no hacerlo, en todas las visitas mencionaba al menos una vez el decreciente número de trabajos de enseñanza. Era fornido y tímidamente franco y a Miranda le gustaba mucho. También le gustaba mucho Holly y, aunque no quería criticar su actitud, no podía evitarlo cuando oía los sonidos nocturnos durante la semana y luego los del fin de semana y miraba el rostro colorado de Tom, y su tupido bigote castaño y su ralo cabello. A finales de septiembre, Miranda y Holly fueron una noche al cine y al volver a casa se sentaron en el bar en la sala de estar y se sirvieron un vaso de vino. Después del segundo vaso, Miranda comentó que Tom había construido un bar excelente. Luego le preguntó si iría a verla aquel fin de semana; Holly le dijo que sí.

—Yo me sentiría aliviada —dijo Miranda y contempló el largo cabello rubio de Holly y sus ojos color castaño con puntitos amarillos que la miraban a su vez como un felino sabio.

Luego llegó octubre y Miranda tenía miedo. Al principio, lo sentía solo de vez en cuando, al azar: en clase, o al volver a casa por las tardes; recordaba y tenía miedo. Pero en realidad no lo

creía, así que solo sentía miedo cuando la memoria la pillaba desprevenida, hasta que se convencía de que nadie podía tener tan mala suerte. Pasó otra semana y le dijo a Holly que tenía un retraso.

—No puedes estar —le dijo Holly.

—No. No, tiene que ser otra cosa.

—¿Qué harías?

No lo sabía. Lo único que sabía era que ahora tenía miedo casi continuamente. Estaba siempre esperando. En las clases, cuando hablaba con Holly o con cualquier otra amiga, incluso cuando dormía y soñaba, esperaba siempre aquel flujo de sangre que le vaciaría el útero con niño o sin él. Aunque no pensaba en términos de útero, niño o aborto. Simplemente esperaba la sangre.

Cuando octubre se acercaba a su fin, Miranda comprendió que también su suerte se estaba acabando. El día de difuntos por la tarde fue al consultorio de un ginecólogo joven que tenía manos de mujer, rostro regordete y labios finos y prominentes, y que se pasó todo el rato consultando su reloj de pulsera. Él le preguntó si pensaba tener el niño y cuando le contestó que sí le dijo que volviera un mes después si seguía entonces en Boston. Cuando se marchaba, la recepcionista le pidió veinte dólares. Miranda extendió un cheque y salió a la calle; ya había oscurecido y, cuando se detuvo a encender un cigarrillo, la adelantaron grupos de brujitas, esqueletos, diablos y fantasmas con sábanas; siguió tras sus voces. Holly estaba en casa. Cuando Miranda se lo contó, dijo:

—¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús, Jesús, Jesús!

—Me encuentro bien —dijo Miranda. Advirtió que su voz sonaba como si estuviera recitando algo—. Estoy perfectamente.